

de su gratitud por el apoyo que le habían dado en su abandono. Hallábase desposeído de sus dominios, escomulgado, y puesto fuera de la ley del imperio. Se le llamaba *Federico bolsa vacía*; reconquistó su principado, y le gobernó dignamente.

En el Passeyerthal hay una casita rústica cuya historia tiene todos los caracteres de una heroica leyenda. Es la casa de Hofer, el posadero que en 1808 defendió la independencia de su país natal contra la Francia y la Baviera; que fué por algun tiempo gobernador de Innsbruck; señor del Tirol, después arrestado por los soldados franceses, conducido á Mantua y fusilado.

La mas interesante de todas estas leyendas es la de Fidel Kiud, el pobre pastor de Arlberg, en cuyo corazon germinó la generosa resolucion de establecer un refugio para los pobres viajeros que en el invierno, por el mal estado de los caminos se hallaban espuestos á morir de sed y de hambre en las montañas. Por su admirable energía y su incontrastable perseverancia aquel infeliz pastor llegó á fundar una sociedad de beneficencia, que á principios del siglo XV contaba en sus filas cuatro duques de Austria, veinte y nueve prelados, diez condes, treinta y seis caballeros, y mas de ochocientos contribuyentes de diferentes clases.

Para los que desean estudiar el carácter de un pueblo en sus diferentes fases, es una felicidad el recoger estas sencillas historias, esta conmemoracion de lo pasado. Para los que tienen el pensamiento de interesarse mas vivamente en las cualidades de los tiempos antiguos que en las industriales manifestaciones de los tiempos modernos, es una felicidad el observar la poblacion del Tirol, fiel á las costumbres y al culto de sus padres, honrada, laboriosa, contenta con su suerte, y tan bella á la vista, con sus miembros musculosos, endurecidos por el trabajo y los rigores de su clima, con su traje de risueños colores, y con aquellos ojos donde brilla el rayo de una innata inteligencia, y aquella elevada frente, y aquella ligereza de movimientos que adquieren por el hábito de saltar los torrentes y de trepar por las montañas.

El grabado que representa este grupo de tiroleseos no tiene necesidad de esplicacion. En algunos puntos de España se ha visto recientemente pasar algunas de estas caravanas de músicos ó de mercaderes del valle del Inn ó del Estch, llevando tan galanamente su chaleco bordado, su chaqueta redonda ajustada al talle, su sombrero puntiagudo adornado de una pluma de ganso, y sus calzones de terciopelo sujetos con un ancho cinturon. Pero lo mejor es verlos en su suelo natal, en el magnífico cuadro de sus bosques y de sus montañas.

EL CONDE DE FABRAQUER.

LA REPÚBLICA DE TER-PIETTE.

Generalmente, donde la Iglesia ha encontrado siervos, ha hecho de ellos hombres.

RAPSAET.

En la noche del Domingo de Ramos del año 1265, se observaba mucho movimiento y alguna apariencia de alegría en una casita de la calle de Pont-Aux-Molines, cerca de la

SEGUNDA SERIE.—1858.

abadía de San Pedro, en Gante. Uno de los molineros del convento, tenia allí taberna, y vendía á justo precio el hidromiel especiado, el hipocrás con miel, y la cerveza espumosa. Una docena de villanos estaban en ella brindando y discutiendo, ocupados de cosas graves y animados de risueños pensamientos. Estos doce hombres, á quienes las ideas de libertad, ya propagadas á la sazón, agitaban tan vivamente, habían llegado de Ter-Piette, villa considerable, situada entre Biervliet y Filipine. Eran estos, pescadores, ganaderos, labradores y cervecedores, enviados en diputacion por la villa, de la que eran los hombres de mas viso; felicitábanse con Eloy de Esmet, el digno tabernero, de la buena y paternal acogida que les había hecho el abad de San Pedro, su señor.

—Cuando yo os decia, repetía Eloy, con su ancha cara, que podiais pedir todo, ¿no tenia razon? Todos vuestros señores laicos son hombres duros, guerreros altivos y egoístas. Unicamente por dinero se consigue arrancarles un *Keure*, artículo por artículo; y aun no ceden amplias libertades, como las que vais á obtener de monseñor Juan, nuestro digno abad.

Se llamaba *Keure* en Flandes, lo que en otras partes se denominaba carta-puebla, inmunidad, privilegio ó constitucion del comun, sin hablar de los nombres particulares que se daban á estas actas en diversos lugares, como, por ejemplo, las antiguas inmunidades de Lila, que los ciudadanos llamaban *la gran piel de vaca*, porque estaban escritas en un gran cuero.

—En efecto, dijo uno de los villanos de Ter-Piette, es un hombre venerable el señor abad, y que merece toda clase de alabanzas. Así que nosotros no hubiéramos pensado en pedirle una carta, si debiera vivir siempre; pero sus sucesores pueden ser menos justos.

—Mucho temía yo, añadió un pescador, que el señor abad nos rechazase, riéndose de nosotros; porque puede parecer audaz que solicitemos una carta, no habiendo sido hasta aqui mas que simple villa, cuando tantas ciudades muradas están todavía sin franquicias.

—¡Eh! ¿qué importa nuestra estension? replicó otro: un pueblo pequeño, salvo el número, vale tanto como uno grande. Por otra parte, nuestros vecinos de Biervliet tienen sus privilegios; nosotros no somos ni menos numerosos ni menos ricos; y si es preciso cercarnos, para ser ciudad y comun, haremos voluntariamente nuestras empalizadas. Ya estamos cercados de fosos. Nuestros padres han ido con los de Biervliet á la Cruzada, á las órdenes del noble conde Baudouin, que fue emperador; y si hubiésemos tenido entonces, como ellos, un campanario, hubiésemos podido disputarle el dragón de San Jorge, que ellos han traído del Asia, y que les sirve de vetea.

—Nosotros queremos, dijo un ganadero, gobernarnos en república, como mis dos tíos los bravos cruzados, me han dicho que las hay en Italia, grandes y pequeñas, y como se forman entre nosotros en diversos sitios. Al mismo tiempo respetaremos fielmente la soberanía de los abades de San Pedro, nuestros legítimos y naturales señores.

Versó la conversacion sobre estas materias interesantes hasta que sonó la hora de la queda. Las buenas gentes de Ter-Piette se fueron á acostar, lisonjeados por pensamientos felices y bellos sueños.

Al día siguiente, lunes, volvieron al monasterio. El abad

AÑO XVI. 8.

les dijo una misa del Espíritu Santo; después de lo cual reunió á todos sus monges para dar alguna solemnidad á la concesion que iba á hacer, y habiéndose sentado en su silla abacial, dijo con una voz grave y dulce:

—Mis buenas gentes de Ter-Piette, según vuestros ardientes deseos vais á tener también vuestra ley y gobernaros en comun. Vais á ser hombres dejando de ser niños en tutela; porque bajo la protección del bienaventurado San Pedro, no puede decirse que hayáis sido jamás esclavos. Pero nuestros lugartenientes han podido alguna vez abusar de vuestra condicion que os ha hecho nacer hombres de nuestra tierra. Pensad, buenas gentes, que la libertad exige virtudes más enérgicas que la servidumbre, y que nadie más que los hombres virtuosos permanecen siempre libres. Si os conserváis unidos, si sois indulgentes, equitativos, dueños de vuestras pasiones, ambiciosos de dar buenos ejemplos, si observáis bien y fielmente los mandamientos de Dios y de la Iglesia, y sobre todo si os librais del orgullo, la libertad os será fácil; ella se complacerá en vosotros, y vosotros os engrandecereis..... Si algún día cayéseis en la esclavitud, si la guerra ú otras desgracias sobrevienen, vuestra será la culpa, sabedlo bien.

Habiendo terminado así su corto discurso, hizo el abad de San Pedro la señal de la cruz; y viendo al anciano monge que le servía de secretario, inclinado sobre su pergamino y dispuesto á escribir, dictó lo que sigue:

—Esta es la carta de los hombres de Ter-Piette.

«Juan, por la gracia de Dios, abad de San Pedro de Gante, á todos los que la presente vieren, salud en Nuestro Señor.»

—Tened cuidado de espresar, dijo el abad interrumpiéndose, que tratamos de concierto, con todos nuestros hermanos: *Joannes abbas totusque ejusden conventus*, y que damos esta carta á perpetuidad. Hermanos míos, añadió dirigiéndose á todos los monges, ninguno de vosotros se opone ni ve obstáculo en la ley que hacemos?

Todos los monges se inclinaron y dijeron que aprobaban sin reserva la concesion hecha á los hombres de Ter-Piette; y fué un magnífico espectáculo la unanimidad de aquellos religiosos tan calumniados, erigiendo una municipalidad y trabajando en la emancipación de los hombres.

—Desde este día, dijo entonces el abad, nuestros hombres de Ter-Piette son hombres libres.

Los doce ciudadanos, porque lo eran ya desde aquel momento, cayeron de rodillas todos juntos y exclamaron:

—Que Dios guarde y bendiga á nuestro buen señor el abad de San Pedro, y nuestros buenos padres los religiosos de esta casa á la que siempre seremos fieles.

El abad los hizo levantar, y continuó dictando en medio de un profundo silencio:

«Todos los que habitan y habitaren en lo sucesivo en el territorio de Ter-Piette no podrán, ni por nosotros ni por nuestros lugartenientes, ser llamados en justicia fuera del dicho territorio, ni aun á Gante, por delitos penables de multas, faltas y crímenes leves ó graves, lo mismo que por cualquier otra cosa que á nosotros mismos correspondiere en razón á nuestra jurisdicción. Pero deberán tener justicia en Ter-Piette mismo ya para ante nos, ya para ante aquel á quien constituiremos en el dicho lugar, en nuestra representación.

«Todos los años en los ocho días que preceden á la fes-

tividad de San Juan Bautista, ó en la octava siguiente, nombrará el señor entre los de Ter-Piette, cinco regidores, sus funciones durarán un año. No podrán ser reelegidos sino tres años después de haber desempeñado este cargo.

«El que por corrupción hubiere comprado el regidato y quedara convicto de ello por tres regidores, será excluido de sus funciones y pagará al señor una multa de tres libras de plata.

«Todo lo que sea útil ó necesario al comun deberá ser hecho de mútuo acuerdo entre el señor ó su representante, y los regidores y buenos ciudadanos del comun. Podrán abrir caminos y dirigir sus aguas como lo juzguen conveniente.

«Cuando los regidores hubieran decidido construir puentes, caminos ó fosos, útiles al comun, el señor ó su lugarteniente ordenará públicamente el domingo, en presencia de otros regidores, los servicios que cada uno tenga que prestar. Precizará el día en que esos trabajos deberán ser concluidos. Aquellos de Ter-Piette que se negaran á esos servicios comunales, serán reemplazados por trabajadores á jornal; y entonces, en presencia de los regidores, serán condenados á una multa, que no podrá exceder del doble del gasto causado por su negativa.

«Cada uno podrá edificar lo que quiera en su terreno, siempre que no cause perjuicio ni detrimento al señor, á los vecinos ó á la ciudad.

«Los regidores aconsejándose de los ancianos ú hombres buenos, pueden establecer un corto impuesto sobre las mercancías ú objetos de consumo que se expenden en el mercado, si lo consideran ventajoso al comun. Y nos ó nuestro lugarteniente, debemos darles nuestro asentimiento á este efecto, siempre que á ello seamos requeridos. También debemos mantener á los hombres de Ter-Piette libres y esentos de todo pecho, exacción ó vejación cualquiera, escepto en el caso en que ejecutasen algún mal fecho, y á menos que, convocados por nos á una expedición, se negasen á asistir, como deben, proveyéndonos de doce servidores y un carro tirado por cuatro caballos y conducido por dos mozos, todo á costa del comun.

«Nadie puede ser convicto de crimen, sino por sentencia de tres regidores al menos.

«Aquel que quisiere pleitear en un negocio, debe citar á sus contrarios ante el baile (esto es, el lugarteniente del señor). Será preciso que dos regidores al menos, conozcan la citación. Espondrá la querella por un defensor ó letrado. Si quiere litigar por sí mismo, debe tener para ello el permiso del baile.

«El que hable sin permiso, y turbe así la audiencia, paga una multa de doce dineros.

«El que no se presente á una citación, será condenado á la multa de tres sueldos. Los condenados por contumacia pueden no obstante, librarse de su sentencia, con tal que prueben á los regidores que cuando se les citó, estaban fuera del país (*extra patriam*).

«El extranjero que eleve queja, si da suficiente garantías, puede gozar, litigando, de los privilegios del comun.

«El querellante que hubiere faltado á tres citaciones hechas por él, y que pareciese no citar á su adversario más que para vejarse, no podrá ya obtener audiencia sobre los hechos que espusiere. Pagará tres sueldos al señor, tres sueldos á la parte contraria, y las costas del procedimiento.

«Nadie puede reconciliarse con el señor por un crimen ó

delito, sin haber dado antes satisfaccion al querellante.

«Toda causa debe ser juzgada, lo mas tarde, en el término de seis semanas.»

—He aqui una cosa muy buena, exclamó un cervicero, el cual tenia un pleito del que no podia ver el fin.

El digno abad se disponia á proseguir. Pero la campana tocó á comer. Todo el auditorio se sentó á la mesa frugal del convento, conversando sobre el grande y noble trabajo que se efectuaba aquel dia en el recinto de la antigua abadía. La modesta comida de cuaresma duró media hora escasa, despues de la que volvió la reunion á la sala de los archivos, donde el abad continuó su decreto de emancipacion.

El buen anciano tenia en la mano las notas convenidas de antemano entre él y los hombres de Ter-Piette, como se ve al fin de la carta. Las dictó sin mucho método, sabiendo bien que una carta no compilada con mucho arte, el Baile y los regidores la interpretarían perfectamente. Continuó, pues, con gravedad:

«El que hubiere dicho á otro palabras injuriosas, le pagará dos sueldos, y otros dos al señor.

«El hombre que hiere á otro con el puño, ó le hubiese tirado de los cabellos, le pagará diez sueldos, y otros diez al señor.

«Pagará quince sueldos al señor, y otros quince al ofendido, si éste derramase sangre ó cayese á tierra.

«En una contienda en que dos hombres se baliasen ó quedasen heridos, no habrá mas que un culpable, el que hubiese comenzado la disputa.

«El que cortare á otro un miembro, perderá el mismo miembro, cabeza por cabeza, mano por mano, diente por diente, á menos que sea perdonado por el señor.

«El que matare perderá la cabeza.

«El que llevase en el comun armas prohibidas, pagará una multa al señor de cinco sueldos.»

Se entendian por armas prohibidas el puñal y la navaja.

«El que arrojaré á alguno la navaja le pagará cuarenta sueldos, y otros cuarenta al señor.

«El que hiere á otro con navaja perderá la mano.

«El que violase á una muger perderá la cabeza.

«Si un asesino se escapa, sus parientes satisfarán á la familia del muerto, pagándole diez libras, y jurándola negar al fugitivo toda asistencia hasta que se haya reconciliado.

«El que diese asilo á un asesino perseguido, pagará al señor cinco libras.

«El que hubiere robado, restituirá el doble y pagará tres libras al señor.

«Si el que es robado pide socorro, todo el que no acuda en su auxilio pagará una multa de diez sueldos á favor del señor, á menos que no afirme bajo juramento que nada oyó.

«El que fuere desterrado por ladron, si puede dar dos fiadores, cada uno de seis libras de renta, que garantice que no robará mas, puede ser absuelto.

«Nadie puede ser tenido por ladron, si no ha robado al menos el valor de dos sueldos.

«Todo ladron capital (es decir, con violencia), será ahorcado.

«El que venda vino, hidromiel, ó cerveza, mas caro que lo que permiten los reglamentos, pagará una multa de cinco sueldos; lo mismo sucederá al que vendiese con una medida falsa.

«Si alguno reclama el pago de una deuda de la que tengan conocimiento los regidores, y cuando la deuda esté confirmada así, el baile la hará pagar por dineros ó garantir por prenda con los bienes del deudor.

«Cualquier compromiso deberá hacerse ante dos regidores asistidos del notario.

«El que entrase por fuerza en casa de otro, le pagará cien sueldos y otros ciento al señor, si fuese en pleno dia; y los que le hubieren ayudado en la violencia pagaran cincuenta sueldos cada uno al ofendido y otros cincuenta al señor. Si la invasion hubiese tenido lugar de noche, se doblarán las sumas.

«Las mismas multas serán impuestas por trampas.

«Si una muger comete un delito ó un crimen, pagará la mitad menos que un hombre.»

El abad de San Pedro de Gante se detuvo aqui fatigado.

—Mañana, dijo, si Dios quiere, acabaremos vuestra carta, ciudadanos de Ter-Piette; que estamos en la creencia de que os hará felices.

Los doce delegados del nuevo comun, habiendo dicho *amen* se volvieron á su posada, meditando y reflexionando sobre las disposiciones de la carta que se les daba, documento digno acaso, en muchos puntos, de algunos estudios que serian curiosos hoy, pero que no nos toca tratar (1).

Al dia siguiente, despues de haber invocado al Espiritu Santo como la víspera, la pequeña asamblea legislativa terminó su trabajo. El venerable abad dictó muchos artículos, menos importantes y que ofrecieran poco interés al lector; despues de lo cual concluyo así:

«Todo baile, nuestro lugarteniente en Ter-Piette, debe jurar observar fielmente la presente carta de libertad. Debe, sin dilacion, hacer justicia á quien la pida. Si alguna vez rehusa hacerla, los regidores cerrarán su tribunal hasta que aquel haya dado satisfaccion.

«Los regidores de Ter-Piette no pueden en la presente carta, cambiar, añadir ni suprimir nada sino con consentimiento del señor. Cuando se vieren embarazados sobre algunos puntos no previstos aqui, tomarán un plazo, y se aconsejarán de los hombres buenos y entendidos; y si no encontrasen luces suficientes, vendrán á Gante á consultarlos como á su gefe. Lo que los regidores de nuestro comun de San Pedro de Gante, reunidos por nos, hubieren maduramente decidido, lo podrán seguir en sus fallos.

«Hecho, dado y renovado, de comun acuerdo entre Nos y nuestros hombres de Ter-Piette, el año del Señor de 1265, el segundo dia despues de Ramos.»

Escrita esta carta sobre una vasta hoja de pergamino, habiéndose vuelto á leer atentamente, y sellada y firmada debidamente, se cantó un *Te-Deum* solemne á canto llano; despues de lo que el abad entregó el documento á los doce ciudadanos, designando entre ellos los cinco regidores del primer año. Los ciudadanos encerraron la carta que los erigia en tales, en una bolsa de terciopelo que habian mandado hacer de antemano; despues habiendo apresurado su comida, volvieron á tomar el camino de Ter-Piette.

Toda la numerosa poblacion de Ter-Piette, prevenida por un espreso enviado la víspera, salió á su encuentro, sembrando ramaje en las calles. Entraron en la comun,

(1) El texto completo de esta carta escrita en latin, ha sido publicado en los Anales de la Sociedad de emulacion de la historia y las antigüedades de la Flandes Occidental. Tomo I, Brujas, 1839.

cuyas casas estaban colgadas; se dirigieron directamente á la iglesia, donde el cura cantó tambien un *Te-Deum*, acompañado de seis mil voces. En seguida con gran aplauso de todos, leyó la carta; y todo el día fué fiesta pública.

Ter-Piette parecia regenerado; una nueva vida animaba á sus habitantes. La comun se rodeó de buenas empalizadas, abrió caminos necesarios, y todo floreció. El espíritu de sabiduría y de union presidia á la administracion de aquella pequeña república franca; durante veinte años, se citó como un modelo; su ejemplo hizo conceder cartas á otros muchos lugares.

Pero la prosperidad tuvo á la larga uno de los malos resultados que casi siempre la sigue entre los hombres; con ella los de Ter-Piette adquirieron, una vez opulentos, los sentimientos de la ambicion y del orgullo. En 1287, creyéndose mas fuertes que Biervliet, recordaron la parte que sus padres habian tomado en la conquista de Constantinopla, y los derechos que creian tener mas que los de Biervliet á la posesion del dragon traído de la cruzada; se animaron con el recuerdo del hecho de que habia sido un hijo de Ter-Piette el que le habia traído por mar, y formaron el proyecto de ir á arrebatarlo de Biervliet. Por casualidad, la ciudad de Brujas habia ideado el mismo proyecto; el dragon de San Jorge la tentaba tambien hacia mucho tiempo, y parecíala que un monumento semejante convenia mas á una gran ciudad que á un villorio. Los brujenses acudieron pues de súbito, se aprovecharon de un momento de disturbio causado por las guerras intestinas de esta época, envistieron á Biervliet, le quitaron el dragon, y le colocaron en su campañario de Santa Catalina.

Este ejemplo del abuso de la fuerza contribuyó algo á que entrasen en sí mismos los ciudadanos de Ter-Piette, y durante mucho tiempo aun, nada vituperable, bajo el punto de vista material, hicieron. Pero cada dia mas ricos por la pesca y demas industrias, se llenaron de orgullo, segun dicen las crónicas; se distinguieron en el pais por su egoismo particular, del que se les verá sufrir el castigo. Satisficieron poco á poco el yugo de sus propias leyes, que compusieron y reformaron, insaciables de libertades á medida que las aumentaban como el ébrio cuya sed aumenta en razon de lo que ha bebido. Tambien es una comparacion que tomamos de nuestras antiguas crónicas. Sus costumbres se corrompieron; se vieron entre ellos asesinatos, enconos y escándalos. Sus corazones se endurecieron, y su bolsa se cerró á la limosna.

Esto tuvo su fin.

En el año de 1377, en el reinado del conde Luis de Maelle, habiendo habido en el estío grandes lluvias, por todas partes se temió por los diques, en la parte de Flandes vecina al mar. Los de Biervliet, que estaban los primeros, invitaron á sus vecinos de Ter-Piette á prepararles asistencia en los grandes trabajos de construccion de diques que emprendian, y que debian preservar la comarca de la invasion de las aguas. Ter-Piette respondió que estando Biervliet mas espuesta, debia soportar sola aquellos gastos, y á pesar de las mas prudentes representaciones, el comun orgulloso no quiso hacer nada. Toda la parte izquierda de las tierras quedó mal defendida, y lo que habian temido sucedió. El 12 de noviembre del mismo año de 1377, á consecuencia de una alta marea, por un viento de tempestad, el ancho brazo del Escalda que se llama el Tlont, rompió los diques muy

débiles que le contenían; corrió con furor por las tierras y devoró diez y nueve aldeas. Biervliet sola se libró. Y triste es cerrar de este modo para un pais libre sus anales: la república de Ter-Piette, que contaba gloriosamente 7,000 ciudadanos, desapareció con todos sus habitantes y bienes. Al día siguiente no quedaba rastro de ella.

EL CONDE DE FABRAQUER.

DEMOCRITO.

Este filósofo meditando á la sombra en la soledad es el célebre Demócrito. Así lo ha querido el artista, que sin duda ha tenido el sentimiento de una cierta relacion poética entre la impresion que produce su bosque y el carácter ó la doctrina del sábio abderitano. Esto nos presenta una ocasion para hablar á nuestros lectores del *Museo* de Demócrito, y la aprovechamos con la mejor buena voluntad posible.

¡Cuánto se sorprenderia ese grave y sábio hombre de estado si volviese á aparecer sobre la tierra, y se llegasen á él y le dijese lo siguiente!

—¡Hola! Parece que hemos vuelto á la tierra, vos el mas cómico de los antiguos filósofos, vos que reíais y gesticulabais sin cesar profesando tanto desdeñ á nuestra pobre humanidad, y desesperado de aquel lloron de Heráclito.

—Mal me conocíais, responderia Demócrito. En el tiempo de mi primera existencia yo no me reía, y me echaban en cara mis conciudadanos de que era demasiado sério y que queria vivir siempre solo. ¿Habeis visto mis obras sobre la física?

—No.

—¿Sobre las matemáticas?

—No.

—¿Sobre la música, sobre las artes?

—Tampoco.

—¿Habeis estudiado mis escritos sobre la moral; mi libro sobre Pitágoras; mi Tratado de la disposicion del sábio; mis esplicaciones de los infiernos; mi Tritogenia, donde yo enseño que las cualidades esenciales del hombre deben ser razonar bien, espresar bien su pensamiento, y obrar bien; mis discursos sobre la probidad ó la virtud, la tranquilidad del alma, el bienestar, y que yo he intitulado el *Cuerno de Amaltea*?

—Ni una sola de esas obras ha llegado hasta nosotros.

—No me admiro ya tanto de que os hayais formado una opinion tal de mis ideas y de mí mismo, tan contraria á mi filosofía y á mi modo de existir. Empero ¿quereis decirme qué es lo que ha dado motivo para pensar que yo era tan burlon y tan risueño?

—¡Eh! á la verdad, hace mas de dos mil años que se ha formado esta opinion sobre vos. Así cuentan en efecto que en las antiguas escuelas de filosofía se os representaba riendo á carcajadas, y con la boca abierta de par en par (*risu labris apertis*), enfrente de aquel pobre Heráclito que lloraba á todo llorar (*fletu oculis clausis*).

—¿Y quién os ha contado esos cuentos?

—Un gran número de excelentes autores; entre otros un hombre de gran talento, filósofo, poeta, retórico, á quien



Demócrito en meditacion.

Roma le hizo el honor de levantar una estatua en la biblioteca de Trajano; en una palabra Caio Solio Sidonio Apolinaris. —Es bastante particular que hayan tenido gusto de pintarme en caricatura despues de mi muerte, mientras que en

vida me tuvieron siempre por un hombre razonable cuyos trabajos eran dignos de la atención de las mas elevadas inteligencias. Hipócrates que vino á verme á Abdara, y me halló enteramente ocupado en disecciones anatómicas, no habló de un modo desfavorable de mí al volver á Grecia. Mis conciudadanos apreciaron mi *Megas Diacosnos* (grande organizacion del mundo), que compuse para querer reparar mi fortuna, gastada enteramente en instruirme yendo á tomar los datos de instruccion á sus mismos manantiales del Egipto, de la Caldea y de la Persia. Si he de creer á lo que se me ha dicho en los Campos Elíseos (donde es verdad que no nos daban sino buenas noticias para no perturbar nuestra felicidad) no toda la posteridad ha tenido sobre mí la idea, ni ha formado el juicio mal fundado que ha propagado la tradicion de que me hablais: me han asegurado que Platon no se habia desdeniado de hacerme intervenir en sus inmortales diálogos, sin nombrarme sin embargo, aunque yo no me haya hecho conocer ni á él, ni á su divino maestro Sócrates, cuando visitaba á Atenas. Timon no ha hablado demasiado pomposamente de mí: «Tal era el sábio Demócrito: rey por la elocuencia, hábil discurridor, uno de los mas ilustres filósofos que he leído.» Diógenes Laercio ha escrito mi vida, y compuesto versos sobre mí que comenzaban por estas escesivas alabanzas: «¿Qué hombre ha sido tan sábio como Demócrito, á cuya ciencia nada se escapaba? ¿Quién ha hecho mas grandes cosas?» Horacio me ha representado en una de sus epístolas como una inteligencia desprendida de todas las pasiones terrestres, cual un alma sin cuerpo, indiferente á los placeres, á los intereses que ocupan á los demas hombres. Por último, Ciceron me ha exaltado hasta decir: «Demócrito, hombre grande entre los mas grandes, de cuya fuente ha sacado Epicuro las aguas para regar sus pequeños jardines.»

—¿Y qué, Epicuro no os ha tomado esa doctrina que Séneca en gran parte ha defendido con elocuencia, pero que á pesar suyo ha llegado hasta nosotros con tan mala reputacion?

—A lo que yo puedo juzgar de la doctrina de Epicuro, por lo que se me ha dicho en el reino de las sombras, aquel ingenioso filósofo pensaba con mucha mas sabiduría que la mayor parte de sus discípulos; y si tiene mala fama es que le ha debido suceder alguna desgracia parecida á la que á mí me ha trasformado tan singularmente en un bufon y en un gracioso. Debo decir, sin embargo, que Epicuro y yo no estábamos enteramente acordes en nuestras conversaciones á las orillas del Leteo. Yo consideraba la tranquilidad del alma como el único objeto de la moral; yo no pretendia conducir á la vida feliz por los placeres, sino por la satisfaccion prudente de nuestros sentidos. Lo que yo he llamado bienestar, segun yo, era el estado de un alma exenta de temores y de pasiones. Lejos de ser indiferente, como los epicúreos de Cirene, á las formas políticas, yo exigia que la dignidad del hombre jamás fuese sacrificada, y que la ley concediese todas las libertades, excepto la de hacer el mal. Jamás he enseñado yo que la materia pueda producir la vida, el sentimiento y el pensamiento: al contrario, jamás he cesado de proclamar que Dios era el manantial de toda vida, y en mi imaginacion, Dios, alma del mundo, era un pensamiento casi parecido al fuego que despiden rayos. La verdad es que las doctrinas de los magos de Persia habian impresionado viva y profundamente mi alma, y á pesar de la

parte de mi doctrina que habia tomado de Epicuro, que en el fondo era diferente de la mia, me parece que seria menos justo considerarle á él como mi discípulo, que considerarme á mí mismo como uno de los de Pitágoras. En definitiva, hallareis tal vez que en todo esto no hay un gran motivo para reirse como un insensato, y que semejante pensamiento no manifestaria que hubiese en mí un profundo desprecio por la especie humana.

—En efecto, parece por lo que acabais de decirme que os ha tratado mal la posteridad, y que érais muy diferente de lo que generalmente os han imaginado; pero es difícil comprender como se ha formado una opinion tan decidida y tan contraria á la realidad sobre vos desde una época tan inmediata á la en que habeis vivido.

—Vuestra duda ni me sorprende ni me ofende. Créo que es fácil explicar todo esto, y aunque es uno de los axiomas: nada se hace por nada, y no puede deducirse sino de algo. Buscando é investigando, pienso que descubriré lo que puede haber dado lugar á esta especie de metamorfosis que se me ha hecho sufrir repentinamente sobre las paredes de las escuelas bajo la máscara de un loco. No estoy distante de suponer desde luego que se ha exagerado mi indiferencia por las pasiones y los intereses vulgares, de que los hombres son frecuentemente esclavos; porque mas gustan de las apariencias de las cosas que de las cosas mismas, y se ocultan tras de las sombras para adivinar las realidades. Se habrá considerado como una especie de locura el poco aprecio en que yo tenia á las riquezas, los honores, los festines, en comparacion de los placeres que siente el alma en la investigacion y amor á la verdad. Y como al espresar mis pensamientos sobre esas cosas yo no me creia obligado á afectar una fisonomía severa, ni á indignarme y condenar con una especie de resentimiento á los hombres al mismo tiempo que sus debilidades, sino que al contrario yo jamás manifestaba sino la sonrisa en los labios, sin querer al mismo tiempo perder nada de la serenidad del alma, que era para mí el soberano bien, habrán dicho que yo era un filósofo burlon. Despues habrán exagerado un poco, y habrán dicho que yo me reia de las locuras humanas: tal vez habrán llegado hasta á hacer que mi rostro formase un decidido contraste con el afligido y desolado que se suponía en Heráclito.

—¿Pero habia mas razon para que llorase Heráclito que para que vos riérais? Sin duda, por una razon contraria él fué tambien víctima de la injusticia ó de la exageracion de la opinion pública.

—No dudo, y estoy persuadido de que tendrán igual fundamento para decir que han forjado las faeciones de su carácter cuando le han pintado tan lacrimoso y lloron. Sus conciudadanos de Efeso le habian llamado el *tenebroso*, porque hay oscuridad en sus escritos en lo que hace relacion á su carácter. Sin embargo, es cierto que tomaba demasiado á pechos los vicios y errores de los hombres, y que su humor salvaje le inclinaba no solo como á mí á gustar de la vida contemplativa, sino tambien á huir enteramente de la sociedad de sus semejantes, y retirarse en medio de los montes desiertos sin tener cuidado alguno de su alimento. En lo que me parece que se contradecia á sí mismo, pues que su doctrina no admitia sino la existencia de los cuerpos, y no veia en todo lo que hay de elementos materiales sometidos á las leyes perpétuas de la trasformacion. Por estos princi-

pios es verdaderamente mi contraste, mi antítesis, y de ninguna manera por su tristeza, de la que se ha hablado tanto como de mi serenidad.

—Con que es preciso reformar nuestro juicio sobre Heráclito y sobre vos; empero yo dudo que lo lleguemos á conseguir enteramente.

Es divertido ver al uno y al otro tan diferentemente afectados por nuestras miserias; y las fábulas que tienen sentido se confunden tan fácilmente con las verdades que es casi imposible separar unas de otras. Es de creer que habrá siempre en definitiva dos Demócritos y dos Heráclitos: cada cual los verá á la vez en el panteon de los filósofos con su retrato sério, y con su caricatura. Esto servirá de una doble recomendacion para el recuerdo de la posteridad. ¿Quién sabe si no sucederá lo mismo á la mayor parte de los hombres? Me parece que tendrán un poco mas derecho á la parodia que al apoteosis.

FERNANDO BELTRAN.

LLANOS DE LA AMÉRICA MERIDIONAL.

Despues del descubrimiento del continente, los llanos son menos considerables. Para facilitar las relaciones, desde la costa de Guyana se han levantado algunas ciudades sobre la márgen de los rios, y en la sábana ó estepa se han comenzado á criar animales y ganados en toda la parte de aquel inmenso espacio. Se encuentra, á poca distancia unas de otras, chozas aisladas construidas con cañas, sujetas con correas y techadas con pieles de bueyes. Entre aquellas groseras habitaciones se ven vagar por las estepas rebaños innumerables de bueyes, de caballos y mulas silvestres. El prodigioso acrecentamiento de aquellos animales del antiguo mundo, es tanto mas sorprendente cuanto que son mas numerosas bajo aquella zona las contingencias y peligros que tienen que combatir.

Cuando por el efecto vertical de los rayos del sol no se detiene ninguna nube, la yerba quemada se convierte en polvo, el suelo endurecido se hace grietas y se conmueve con violentos temblores de tierra. Entonces, si vientos encontrados vienen á chocar en la superficie, y si este choque termina con un movimiento circular, ofrece la llanura un espectáculo extraordinario. Semejante á un vapor, la arena se levanta en medio de torbellinos espesos, y tal vez cargada de electricidad, cual una nube en forma de embudo con la punta metida dentro de la tierra, semejándose á esas mangas tan temidas de los viajeros experimentados. El cielo, que parece imitar á la tierra, no despidе sino una media luz lívida sobre la desolada llanura. Ciérrase de repente el horizonte, se estrecha el desierto y se oprime el corazon del hombre. Suspendida en la atmósfera como una nube espesa la arena abrasadora, y reducida á polvo, aumenta el calor sofocante del aire; en lugar de fresca, el viento trae nuevo ardor arrastrando las emanaciones ardientes de un terreno largo tiempo calentado. Los arroyuelos que alimentaban á la palmera, cuyo verdor ha ajado el aire, desaparece poco á poco, y lo mismo que los hielos del Norte entumescen á los animales, lo mismo aquí el cocodrilo y la serpiente boa, profundamente sepultados en la greda seca, se

quedan dormidos sin movimiento. Por donde quiera la aridez anuncia la muerte; por donde quiera persigue al viajero sediento y fatigado con los rayos del sol refractados, y le presentan el fantasma de una superficie movida en olas.

Envueltos en nubes de polvo, atormentados por el hambre y una sed ardiente, vagan por todas partes errantes los animales, haciendo oír sordos relinchos y mugidos, y estendiendo su cuello en una direccion contra viento, aspiran ansiosamente el aire para descubrir por sus corrientes en las inmediaciones algun agua que no esté enteramente evaporada.

Las mulas, mas circunspectas y mas astutas, tratan de apagar su sed de otra manera. Un vegetal de forma esférica, el mesocactus, encierra debajo de sus hojas erizadas de espinas una sustancia acuosa. El mulo, ayudado de sus pies de delante, separa las espinas y aproxima su labio con precaucion, y se aventura á beber el refrigerante líquido; empero no es siempre esto sin peligro, porque muchas veces se ven animales cuyos cascos están estropeados por las espinas del cactus.

Al ardiente calor del día sucede el fresco de una noche que iguala al día en duracion, empero que los animales no pueden gozar en reposo. Durante su sueño, los murciélagos monstruosos se agarran sobre sus lomos, les chupan la sangre y les ocasionan llagas atroces á las que acuden los mosquitos y otra porcion de insectos á embriagarse. Tal es la existencia miserable de aquellos animales cuando el ardor del sol hace desaparecer el agua de la superficie de la tierra.

Cuando despues de una larga sequedad se aproxima al fin la bienhechora estacion de las lluvias, cambia de pronto la escena del desierto: el azul del cielo aparece, y el sol se divide entre nubes, tiene un tinte mas claro: apenas se reconoce durante la noche la constelacion del polo austral. La ligera fosforescencia de la luz del *magellan* pierde su brillo: las estrellas *Aquila* y *Serpentario* brillan con una luz tranquila. Alzanse al Sur nubes venidas de montañas lejanas: los vapores se estenden cual un velo sobre todo el horizonte. El trueno anuncia en lontananza la vivificadora lluvia.

Apenas la superficie de la tierra se halla humedecida, cuando la vegetacion revive y se ve brotar la *killingia*, la *paspalum*, las numerosos partículas y una infinidad de gramíneas. Las herbáceas desarrollan sus hojas dormidas y saludan al sol levante, así como las plantas acuáticas abriendo sus delicadas hojas y los pájaros con su canto armonioso. Los caballos y los ganados triscan en la llanura, el jaquar ó tigre, agradablemente pintado en su piel, se oculta en la yerba alta y con un ligero salto, á la manera de los gatos, se lanza, cual el tigre de Asia, para coger los animales que le alimentan.

Algunas veces, á creer las relaciones de los naturales del país, se ve sobre la orilla de las lagunas, la greda húmeda alzarse en forma de pompa; despues se oye un violento ruido cual el de una explosion de los pequeños volcanes, y se ve desaparecer en el aire la tierra levantada. El que conoce este fenómeno huye en seguida, porque una monstruosa serpiente acuática ó cocodrilo, cubiertos de un horrible color salen de su sepulcro á la primera caída de las lluvias y se despiertan despues de una muerte aparente: esto es lo que hace saltar la tierra cual si hubiese debajo un pequeño volcan.

FACUNDO MIGUEZ.

ANTIGUEDADES ASIRIAS.

El célebre Mr. Eusten Enrique Layard, viagero inglés, después de haber recorrido detenidamente el Asia Menor y la Siria, había visitado en 1842 á Mossoul, y recorrido la orilla derecha del Tigris, los alrededores de aquella ciudad, que se suponía ser el sitio donde había estado colocada la antigua Nínive. Después de haber vuelto segunda vez á Mossoul en estos últimos años, había encontrado allí al cónsul de Francia Mr. Bota, con cuyos consejos había comenzado las escavaciones á orillas del río en Koïoujick. Continuados bien pronto estos trabajos en las orillas de Korsabak, han producido extraordinarios descubrimientos. En este punto es donde Mr. Bota ha exhumado el primer monumento asirio espuesto á los ojos de los hombres desde la caída de Nínive. Mientras Mr. Bota proseguía sus investigaciones con maravilloso suceso, Mr. Layard, ya conocido por útiles exploraciones en el Egipto y en el Asia Menor, se sentía lleno de emulación para seguir las huellas de este sabio anticuario.

En 1845 moraba Mr. Layard en Constantinopla. Allí dió pasos activos con el embajador de Inglaterra á fin de obtener los medios de tomar parte en el trabajo de los descubrimientos que preocupaban las sociedades sábias de Europa. El embajador sir Strafford Canning puso á su disposición los fondos necesarios para los gastos de su viaje y de las escavaciones que se proponía hacer.

Mr. Layard salió de Constantinopla en el mes de octubre de 1848, observando el mas profundo y absoluto secreto sobre lo que había pasado entre él y el embajador Canning. Llegado á Mossoul presentó sus credenciales al gobernador Mehemet-Bajá, conocido bajo el nombre de Keritli Oglub (el hijo de Creta); empero como temiese de parte de aquel funcionario una oposicion formal para sus proyectos por exigencias fiscales exageradas, quedó con él el secreto del objeto de su viaje.

El 8 de noviembre salió de Mossoul con un albañil, que había ajustado solos algunos minutos antes de su salida. Llevaba escopetas, espadas y otras armas, para dejar suponer que iban á caza de fieras á poca distancia de la ciudad: ejercicios que están acostumbrados los asiáticos á ver hacer á los ingleses. Montó Mr. Layard sobre una pequeña barca chata ó balsa, y descendió el curso del Tigris. En cinco horas llegó al punto de la orilla donde debía detenerse á la izquierda del río, á poca distancia de las aldeas Naifa y Nemrout. Encontró en aquel sitio un grupo de árabes de la tribu de Jehest, que para sustraerse á las exacciones del bajá andaban errantes de un lado para otro. Llamábase el jefe de estos árabes Abdallah. Mr. Layard no tuvo gran trabajo en interesar á aquel hombre en sus proyectos, ofreciéndole una cantidad de dinero. Después de haber pasado una noche sin dormir en una miserable cabaña de Naifa, al amanecer el viagero, lleno de una agitacion que se comprende fácilmente, púsose en camino seguido de Abdallah, de otros seis árabes y de un albañil. No tardó en llegar á la aldea de Nemrout, distante solo de allí dos kilómetros. Los árabes dan el nombre de Nemrout á un gran número de localidades donde se hallan ruinas. Sábese que ninguna memoria es mas célebre ni mas imponente en aquella parte del Asia que la de Nemrod, el gran cazador, el fundador de Babilonia,

En aquellos trabajos de exploracion el punto capital era el elegir el sitio donde debían comenzarse. Mr. Layard había determinado esta eleccion en sus estudios de gabinete en Constantinopla, y con el auxilio del recuerdo de sus primeras inspiraciones se dirigió hácia un monton de ruinas que se levantaba á veinte minutos del camino al Este de la aldea de Nemrout. Las ciudades tan famosas otro tiempo de la Siria y del Egipto, no son hoy mas que montecillos y colinas, que un pueblo ignorante toma por sepulcros de gigantes; la ignorancia á veces los ha revestido de poesía. Estas colinas ó montecillos cubiertos de yerbas, que se agostan y secan durante los calores del estío, muestran en sus lados destrozados por los torrentes del invierno los despojos que ocultan sus entrañas. Algunos fragmentos de vasijas de alabastro, de ladrillos, etc., es todo lo que queda por lo comun del esplendor de una de estas antiguas ciudades. Esos restos que contristan el alma, afligen aun singularmente con el aspecto que nos ofrecen en el Asia Menor las ruinas griegas y romanas, señaladas á lo lejos por esbeltas columnas que graciosamente se levantan en medio de los verdes bosques de mirtos ó de laureles.

En el mes de noviembre, ni el verdor ni las flores cubrían el suelo. El montecillo ó colina se hallaba árida, seca, desnuda. Por todas partes se veían desparramados los pedazos de vasijas, cacharros y ladrillos. Espiaban los árabes todos los movimientos de Mr. Layard, y le veían con sorpresa remover aquellos objetos, sin ningun interés para ellos. A poco pusiéronse á trabajar, y le presentaron un monton de escombros, entre los que distinguió con grande alegría un fragmento de un bajo relieve. La piedra había sido espuesta al fuego; parecia enteramente al gipse quemado de Korsabat. Convencido por aquel descubrimiento de que encontraría restos de escultura, se puso á buscar en un sitio en donde había probabilidades de emprender las escavaciones con éxito. Llegó á encontrar una pieza de alabastro que aparecía debajo del suelo. No tuvieron fuerza él y sus compañeros para levantarla, y escavando alrededor vieron que era la parte superior de una ancha losa. Mandó á los operarios que cavasen, y bien pronto descubrieron una segunda losa unida á la primera. Continuando así descubrieron otra tercera, y en el curso de la mañana hallaron hasta diez, formando todas un cuadrado: solo faltaba una piedra en el ángulo nordeste. Era, pues, evidente que habían descubierto una habitación.

A la mañana siguiente, cinco turcomanos de Selameiah, atraídos por la perspectiva de un salario regular, vinieron á aumentar la tropa de trabajadores. Antes de la noche se descubrió una habitación edificada con piedras de cerca de ocho pies de alto sobre cuatro ó seis de ancho, colocadas perpendicularmente, y bien unidas por las junturas. En los escombros cerca del techo, descubrieron diversos adornos de marfil con trazas de haber sido dorados. Vefase allí una figura de un hombre vestido de una larga túnica, llevando en la mano la cruz del Egipto: una parte de una esfinge acurruca, y flores debajo; todo con mucho gusto y elegancia.

Tal fué el principio de los importantes descubrimientos de Mr. Layard en la colina ó montecillo de Nemrod. Los bajo-relieves, las esculturas, las inscripciones que se han desenterrado han sido trasportadas en su mayor parte al Museo nacional de Lóndres, donde van á unirse todas las diversas piezas con objeto de presentar estos ricos monumen-